

Recibido: 05.03.2019 | Aceptado: 15.04.2019

Palabras clave: Escritura, lenguaje, literatura, novela y Postmanifiesto.

Ignacio Padilla (1968-2016): unir las palabras y la vida

RAMÓN ALVARADO RUIZ
ramon.alvarado@uaslp.mx
FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES Y HUMANIDADES, UASLP

Una obra literaria se produce y vende para beneficio del lector, pero, al suponer una manera de ver el mundo, requiere estudiarse para desentrañar su sentido. Así es como normalmente se hace perceptible el quehacer literario.



Mi trabajo como investigador se ha desarrollado alrededor de cinco escritores de la literatura mexicana: Ricardo Chávez Castañeda, Ignacio Padilla (1968-2016), Pedro Ángel Palou, Eloy Urroz y Jorge Volpi. Ellos, de manera muy particular, irrumpieron en la escena del campo cultural en 1996 e hicieron una propuesta que en su momento fue mal vista y criticada: se presentaron ante la sociedad con un *Manifiesto*, evocando el pasado de las vanguardias, lo que se tomó como un gesto atrevido, de autoproclamación literaria, rompiendo toda norma.

De eso han pasado ya poco más de 20 años y muchísimos libros escritos que dan cuenta no sólo de su trayectoria, sino también de una serie de dinámicas que han modificado el quehacer literario. Tanto así que en el año de 2016, para acallar rumores, volvieron a replicar el gesto del pasado, ahora con un *Postmanifiesto* para hacer ver que en 20 años muchos acontecimientos habían tenido lugar y que ello no había modificado la amistad literaria fraguada desde antaño. Lamentablemente ese mismo año, uno de ellos perdió la vida en un accidente: Ignacio Padilla. Dos hechos en un mismo año, uno festivo y otro doloroso, que no hicieron sino agrandar aún más el mito de los escritores del *Crack*.

Ignacio Padilla (1968-2016)

Hoy escribo sobre este escritor, Nacho, como afectuosamente se le decía; su sonrisa y bonhomía aún campea a pesar de su ausencia. A poco más de dos años de su partida, al escribir esta semblanza no puedo omitir ese sentimiento de nostalgia; fue un escritor que se volvió entrañable para mí des-



de la primera lectura de su novela *Si volviesen sus majestades* (1996). Me cautivó la fuerza de su prosa y la soltura del lenguaje, celebré por mucho su ingenio para crear situaciones y nombres en una historia donde el humor, además, se hacía presente.

Soy seis años más joven que él, y parte de una generación que ha vivido a caballo el cambio de siglo, partícipe además de cambios sustanciales en la historia tanto nacional como internacional. Su literatura se ha vuelto entrañable, no sólo como objeto de estudio; al ser parte de la historia que se analiza, se adquiere otro enfoque y mirada. En este caso, no cualquier literatura, si no la de Nacho y sus compañeros de camino. Sí, no es un autor en solitario y tampoco creo eso haya sido su intención. Hay que remontarse a la amistad que se fue fraguando desde los años de estudios preparatorios entre él, Jorge y Eloy, a la

que sumaron posteriormente a Pedro y Ricardo: "Hacer una cronología del *crack* implica la difícil labor de seguir paso a paso la historia de estrechos nexos de amistad" (Padilla, 2007, p. 20).

Así sobrevivieron al cambio de siglo y asumieron el reto y compromiso de incidir, fracturar y hacer *crack* en el campo cultural mexicano y continental en una década, la de 1990, de desahucio y fracaso en la que se materializaban las catástrofes agoreras de quienes vaticinaban el fin del mundo. A ese momento, Nacho respondió con una novela del caos: *Si volviesen sus majestades* (1996). Un reino *in illo tempore* pero tan actual por el contexto y las referencias, mundos ensamblados donde el pasado se fusiona con el presente para ofrecer nos una historia única. Un bufón que espera el regreso de sus majestades y, en tanto, debe atender los asuntos del reino y enfrentar revueltas juveniles.

Amistad literaria y escritura

Nacho, igual que sus compañeros de camino, una vez leído el *Manifiesto* en 1996, decidió seguir su ruta y lograr los objetivos personales, sin abandonar la escritura con la esperanza de que lo dicho tendría eco en algún momento. Y cuando el tiempo parecía dar razón a los detractores, un año después de que Jorge Volpi hiciera volver las miradas al obtener reconocido mérito literario, la novela *Amphytrion* (2000) colocaba a Nacho en el escenario de escritores prometedores; una obra inusual, con todo y que la temática nazi ya había sido representada en el imaginario mexicano (*Morirás lejos*, 1967, de José Emilio Pacheco, por ejemplo), que en ese momento constataba una renovación temática y formal; el recurso del doble, de la dualidad que permite fraguar imposturas y generar dudas. Personajes que suplantán identidades para borrar pasados ominosos, tal como quedará constatado posteriormente en los cuentos *Los reflejos y la escarcha* (2012), donde madura esta relación dual de los personajes, en este caso por afinidad consanguínea, para ofrecernos cuentos magistrales.

Le siguieron obras que fueron consolidando su calidad literaria. Primero, el inicio de un proyecto ambicioso con *Las antípodas y el siglo* (2001) y que denominaría micropedia. Mostrando la habilidad para la narrativa breve a la que defiende en el *Postmanifiesto 1996-2016*:

El cuento es a la utopía lo que la novela a la distopía. La novela seguirá triunfando mientras asuma y encarne la imperfección distópica de lo real. El cuento sólo triunfará si se asume

como quijotesco fracaso y cuanto de sublime hay en ello (Chávez Castañeda *et al.*, 2016, p. 365).

Los cuentos de este volumen son un recorrido por las más asombrosas geografías, con ello muestran un sello inequívoco de su obra. La obra en conjunto es de reconocer también por el extrañamiento, no únicamente por lo temático, sino también por los recursos que emplea en la elaboración de los cuentos que van desde la brevedad hasta el manejo constante de la dualidad.

En *Espiral de artillería* (2003) muestra mayor madurez en la técnica de la escritura y logra una novela que, dicho con anterioridad, “encarna la imperfección distópica de lo real”. La ubica en el puerto de Malombrosa, en algún lugar del régimen comunista en el marco de la Guerra Fría, pero no es la historia la que le interesa toda vez que se centra en los personajes y los hilos que la conducen. La del médico adicto, que recluso en la cárcel es interrogado para dar información sobre grupos subversivos; la del comisario Magoian, quien está convencido de que su cautivo tiene información valiosa; la de Eliah Bac, mítica figura recuperada de un líder juvenil que toma vida desde las palabras del médico, creando una conspiración donde no la hay. Nacho plasma la desesperanza de su tiempo con la puesta en duda del triunfo de las ideologías, de cómo se construyen los héroes, o antihéroes por qué no, y estos son utilizados para sustentar causas.

Si hay un libro que sintetiza la trayectoria del grupo, y enfatiza la amistad literaria

como sustento de la obra individual, es *Si hace crack es boom* (2007). El juego, más que evidente, constata la intención de alterar el decurso de la literatura, no sólo mexicana sino también latinoamericana. Rememora que en 1996, a la par del *Crack*, en otro contexto y bajo otro formato, otros jóvenes querían trazar su derrotero desligándose del *boom* y se aglutinaron en la antología de McOndo. Aquí, Nacho asume la convergencia de ambos movimientos y destaca un contexto más amplio, donde el cambio era ineludible. Se asumen como una nueva generación que eclosiona las letras latinoamericanas y abre paso a nuevas voces que buscan narrar su siglo marcado por el desahucio.

Rabiosamente joven y rabiosamente talentoso

La escritura de Nacho seguía en ascenso con una novela sobre el descenso, *La gruta del Toscano* (2006): “En medio de infinitas dificultades, franquearon el Aqueronte, explorando los primeros círculos infernales y sólo se detuvieron en el cuarto, donde una inmensa formación rocosa les cerró el paso” (Padiella, 2015, p. 43). Es una gruta en Nepal, no lejos del Everest y se presume que es la entrada al infierno de Dante, retentador para múltiples exploradores. Una novela de aventuras y personajes entrañables como Pasang Nuru, Milena Giddens o el gordo Gleeson.

La suma de su obra hasta entonces publicada le valió el ingreso a la Academia Mexicana de la Lengua en 2011. En su discurso denominado “Elogio de la impureza” dejó claro algo que el mismo testimonio: “Nuestra lengua sigue viva



RAMÓN ALVARADO RUIZ

Es doctor en artes y humanidades por el Centro de Estudios Multidisciplinarios en Artes y Humanidades en Monterrey. Profesor investigador en la Facultad de Ciencias Sociales y Humanidades de la UASLP, en donde trabaja con el proyecto "Archivo de Ignacio Padilla (1968-2016)".


y en constante renovación porque hay personas que se atreven a cuestionarla y otras tantas que se atreven a jugar con ella" (Padilla, 2012). Ése fue Nacho. Cada obra suya cuestiona la lengua, la trastoca, la inventa en malabares literarios creando nuevas palabras; ello le permitió engarzar una historia tras otra, creando las situaciones más inverosímiles tejidas por el lenguaje.

Hacía falta un autor que, como buen prestidigitador, nos embelesara con el lenguaje y nos sometiera a las leyes del juego: "¡No se dejen ganar por el aburrimiento! —gritaba—. ¡Diviértanse!" (Padilla, 1994, p. 29). Con *Las tormentas del mar embotellado* (1994) incursionó en la literatura infantil; en la obra, el Ejército de Lejos enfrenta a los Piratas de la Realidad para devolver la risa a un pueblo que la había perdido. A lo largo de su carrera se sumaron obras como *Todos los osos son zurdos* (2010), *El hombre que fue un mapa* (2014) y la obra de teatro *La maquinota* (2015), por mencionar algunas. Razón tuvo Vicente Leñero al llamarlo un "niñolenguaje convertido en mayor", "un chamaco irreverente de apenas cuarenta y tres años" (Padilla, "Elogio de impureza", 2012).

La obra de Nacho es amplia, 43 libros en buen resguardo y otros faltantes conforman su herencia literaria. Navegó por los distintos géneros, ensayó con maestría y nos ofreció la mirada de quien teme un mundo que nos avasalle y donde hemos concretado en monstruos, fantasmas y androides nuestros miedos y ansiedades. Por eso, no es difícil entender una literatura del caos, del juego del lenguaje que

construye espacios y situaciones, donde los personajes incluso tienen que desdoblarse o acudir a ignotos lugares en busca de un sentido.

Nacho nos ha dejado un legado que aún nos falta descubrir para no sucumbir ante *Las fauces del abismo* (2014). Si bien nuestro entorno ante su recuerdo se tiñe sombrío, la vuelta a su escritura es "una lengua que reconoce la síntesis de lo real y de lo ideal, una lengua orgullosamente hermanada con el humor y manchada, una lengua por cuyos contrastes pueden unirse al fin las palabras, las cosas y los hombres" (Padilla, 2012, "Elogio de impureza").

¿Cómo devolvemos la risa cuándo su ausencia nos obliga a lo contrario? Nacho fue capaz de descender a su gruta del Toscano ante "el desmigajamiento brutal de los ideales y el fracaso de las grandes gestas transformadoras" (Padilla, 2007, p. 29) y se sostuvo del lenguaje para armonizar el mundo. La suya fue la escritura del caos, del juego, de las palabras, de los mundos posibles. La nuestra debería ser una lectura del asombro ante las inusitadas historias. 

Referencias bibliográficas:

- Chávez Castañeda, R. et al (2015). "Postmanifiesto del Crack. 1996-2016". *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, *XLI* (82), pp. 355-368.
- Padilla, I. (1994). *Las tormentas del mar embotellado*. México, DF: Artemisa-Planeta.
- Padilla, I. (2007). *Si hace crack es boom*. Barcelona: Umbriel.
- Padilla, I. (2012). "Elogio de la impureza". *Academia Mexicana de la Lengua*, martes 02 de octubre. Recuperado de: <http://www.academia.org.mx/noticias/item/elocio-de-la-impureza-discurso-de-ingreso-de-ignacio-padilla-a-la-academia-mexicana-de-la-lengua>
- Padilla, I. (2015). *La gruta del Toscano*. México, DF: Océano.